

Gordon Brown y Europa

ANTHONY GIDDENS

En junio de este año, Tony Blair dejará de ser líder del Partido Laborista y primer ministro del Reino Unido. Todavía no se conoce su sucesor, pero el favorito por abrumadora mayoría es Gordon Brown, actual ministro de Finanzas. Si resulta elegido, le quedan casi tres años en el poder antes de tener que enfrentarse a las próximas elecciones nacionales. ¿Qué clase de líder será, y cuál puede ser su actitud hacia la Unión Europea?

En el plano interno, Brown mantendrá muchas de las políticas que han contribuido a la buena marcha de la economía británica en los últimos años. Después de todo, como ministro de Finanzas —que goza de una peculiar influencia— es el artífice de la mayoría de ellas. A partir de 1997, en que el laborismo llegó por primera vez al poder, el Reino Unido disfrutó de un período ininterrumpido de crecimiento económico, y ha superado a Alemania y Francia en PIB *per cápita*. La clave de este éxito ha sido la creación de empleo. El Reino Unido tiene una tasa de ocupación de casi el 75%, mientras que Francia tiene el 64% y Alemania el 65%. La intención del Gobierno británico es alcanzar a corto plazo el 80% de población ocupada, una meta perfectamente factible.

Estos logros han ido paralelos con la introducción de un salario mínimo, que se ha incrementado coherentemente. Se han invertido miles de millones de libras en la modernización de los chirriantes servicios públicos y en infraestructuras. Dieciocho años de thatcherismo hicieron del Reino Unido una de las sociedades con mayores desigualdades de Europa y altos niveles de pobreza, especialmente infantil. A partir de 1997, los laboristas han conseguido en parte revertir esta tendencia, al sacar de la pobreza a unos tres millones de personas, 600.000 de las cuales eran niños.

En el plano europeo, Brown se empleará a fondo para culminar el Mercado Único y luchará contra el papel de los campeones nacionales de la industria, pues cree firmemente en la libertad de mercado. ¿Pero cuál será a grandes rasgos su actitud ha-

cia la Unión Europea? Tony Blair se definió como un proeuropeo apasionado, pero falló en acercarse al Reino Unido a la corriente dominante en Europa, o en modificar las actitudes de los euroescépticos tan preponderantes en su país. ¿Le irá mejor a Brown?

Gordon Brown ha hecho algo que no hizo Blair: ha publicado en 2005 un folleto sobre la Unión Europea, titulado *Global Europe*. A decir de Brown, la atención de la UE se ha centrado en el interior en lugar de dirigirse hacia el exterior. La Unión Europea debe “abrirse al resto del mundo”, mejorar su especialización, su tecnología, su educación y conseguir una mayor flexibilidad en el ámbito laboral, y en los mercados de capitales y de productos. Una de las cosas

raras del trabajo es que está escrito casi como si nadie hubiera reflexionado antes sobre esos asuntos, pero, de hecho, la mayoría de las ideas que sugiere Brown están recogidas en la Agenda de Lisboa. En su alocución de 2005 al Parlamento Europeo, Blair se refirió a ello de manera más sucinta. Lo que tenemos que hacer, dijo, es sencillo: aplicar esa agenda.

El folleto de Brown fue recibido con críticas en otros países de la UE. En Francia, por ejemplo, Zaki Laidi, destacado comentarista político, escribió que “según Gordon Brown la existencia de la Unión no tiene sentido”. La fórmula económica de Brown, destacó Laidi, podría aplicarla cada país independientemente de que la UE existiera o no.

Está muy extendida la creencia de que Brown es más escéptico sobre la Unión Europea que Blair. En el caso de que se convierta en líder, ¿debemos abandonar toda esperanza los que consideramos que la UE es esencial para Gran Bretaña? No lo creo. Estar fuera del euro ya no es el impedimento que fue en el pasado a que haya una voz británica en una Europa cuyas élites han tenido que aceptar que la moneda única es sólo un éxito parcial. No ha ayudado a generar el retorno al crecimiento que esperaban sus proponentes.

Creo que Brown podría ser una figura de relieve entre la “nueva generación” de líderes europeos, como consecuencia de la desaparición de Chirac y de la Vieja Guardia. La UE está por el momento en una zona de cal-

ma, pero hay una manera clara de que pueda recuperar su legitimidad. Tiene que ofrecer lo que yo llamaría un “plus de soberanía” a sus Estados miembros. En un mundo globalizado, la mayoría de los problemas a los que debemos enfrentarnos —calentamiento global, seguridad energética, delincuencia internacional, migraciones y muchos otros— no pueden abordarlos los países individualmente. Dentro de la UE, un país tiene más soberanía —más oportunidades de influir en su propio destino— que si estuviera fuera de ella. En un discurso acerca del cambio climático pronunciado recientemente, Brown aceptó explícitamente este punto de vista.

Si va a conceder ese plus de soberanía, la UE debe tener un proyecto político y no sólo económico. ¿Pero qué clase de proyecto político? Aquí tiene Brown una gran oportunidad. El “federalismo”, en el sentido peculiar que se le da al término cuando se abordan los asuntos europeos, está muerto. No hay ninguna posibilidad de que Europa llegue a ser un super-Estado. Sin embargo, es, y tiene que serlo, mucho más que una especie de ONU regional, un conjunto desligado de naciones formalmente independientes.

Es notoria la relación amistosa de Brown con Angela Merkel. Durante el período de transición en Francia, ambos deberían tratar de llegar a un acuerdo sobre su visión del futuro de Europa. Es probable que Brown acepte una mini-Constitución que podría adoptarse sin que fueran necesarios los referendos. Sin embargo, todo el debate sobre la Constitución (desde mi punto de vista) es en gran medida un espectáculo secundario. Lo que necesita la UE en este momento es un sentido renovado de misión, un nuevo análisis razonado relativo a los asuntos globales que mencioné más arriba. Una corta declaración de misión firmada por los dos líderes tendría repercusión, sin duda, en toda Europa.

Anthony Giddens es sociólogo británico, autor de *La tercera vía: la renovación de la socialdemocracia*.

Traducido por Emilio G. Muñiz.

MÁXIMO



Antes de contarnos cómo se fragua la confundida rabia de vivir, en *Cien años de soledad* se nos dice dónde empezó todo. Un crimen de honor y el fantasma del remordimiento, como todos saben, empujan a José Arcadio Buendía al destierro y lo arrastran durante veintiséis meses por la selva hasta que oye en un sueño el nombre de Macondo. Alentado por el agujero, y cansado de andar dando tumbos, Buendía clava la primera estaca de la nueva aldea.

Antes de que Gabriel García Márquez escribiera la epopeya de los Buendía hubo, sin embargo, otros hombres resueltos a buscar en la misma Sierra Nevada de Santa Marta un lugar donde empezar de nuevo y fundar esa ciudad libre de los males que fustigan al hombre.

El geógrafo francés Eliseo Reclus fue uno de ellos y vivió en una época en la que, con la adecuada confianza en las propias fuerzas, todo parecía posible.

A causa del golpe de Estado de Luis Bonaparte —al que Víc-

tor Hugo, también exilado, llamó *Napoleon le Petit*— Reclus abandona Francia y emprende un viaje por Inglaterra, Irlanda y Estados Unidos que acaba en las costas de Nueva Granada.

No son tiempos propicios al amargo desaliento y el geógrafo, que tiene veinticinco años, está henchido por el entusiasmo de su generación. Instruido con las infalibles previsiones de La Edad de la Razón —probablemente con el libro de Tom Paine en el macuto—, el joven Reclus se deja llevar por la poderosa corriente ilustrada que todavía ilumina la imaginación europea. En la cubierta de la goleta *El Narciso* que lo lleva desde Portobelo hacia Cartagena de Indias, Reclus tiene como único equipaje el colorista catálogo

de ideas —la Ciencia, la Industria, el Trabajo, la Dignidad— destinadas a cambiar la faz de la Tierra.

El viajero posee las formidables dotes de observación que Flaubert prestaba a sus personajes —Reclus hubiera sido un buen compañero para *Bouvard et Pécuchet*— y con insaciable afán contempla el aspecto de los fenómenos que a su alrededor confirman la vasta extensión del mundo. En la orilla caribeña de Colombia empieza a practicar su oficio el geógrafo cuya obra admiraría con tanto fervor su contemporáneo Julio Verne pero antes de entregarse en cuerpo y alma a redactar el enciclopédico inventario de la Tierra, Reclus creyó haber encontrado en los valles virgenes

de la Sierra la oportunidad para un nuevo contrato social.

Su libro —*Viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta*— es la minuciosa rememoración de aquel desengaño pero así como el fracaso de la república no hace mella en su optimismo político, tampoco el intento frustrado de fundar una *nueva tierra* debilita la esperanza ilustrada que hasta su muerte siguió cultivando.

“Yo he visto en acción al antiguo caos en los pantanos en que pulula sordamente toda una vida inferior”. Y desde ahí Reclus asciende a las cumbres de la montaña, baja a los barrancos, sortea las marismas y recorre los confusos senderos de la ciénaga. Se enfrenta a jaurías de perros salvajes y a la pi-

cadura de insectos y garrapatas. Bordea riscos, salta torrentes impetuosos y se deja la piel en la maraña de espinos que hacen impenetrables los remotos rincones de la Sierra.

Busca un lugar para fundar su innovadora colonia de productores, calcula los costes de la explotación agrícola, imagina la red de canales necesarios a la exportación de los productos cosechados y enumera las utilidades de la riqueza de este modo conseguida.

En la Sierra Nevada que ha elegido como *patria futura*, Reclus se regocija con el esplendor que una Naturaleza pletórica pone a sus pies. Los higos, las papayas, los nísperos que brotan espontáneamente de la tierra le inclinan a ser frugívoro y a abandonar el régimen de carne y sangre de los mataderos de reses. Celebra la armonía *indescriptible* que le rodea —aunque el inmenso lienzo de la prosa retiene los frutos de su entusiasta mirada— y siente el palpito de las nuevas emociones: el vago

Pasa a la [página siguiente](#)

Antes de fundar Macondo

BASILIO BALTASAR

Antes de fundar Macondo

Viene de la **página anterior** centelleo de la Vía Láctea a través del tembloroso follaje, el aire voluptuoso que respira, la exuberante fertilidad y la cortesía *enteramente castellana* de sus nuevos amigos. La dicha de contemplar el espectáculo de la Sierra sólo se interrumpe cuando millares de mariposas blancas revolotean a su alrededor ocultando la grandiosidad del paisaje.

El júbilo del explorador, sin embargo, no se libra de las sombras que aparecen en su camino. Lo primero que recuerda haber encontrado al llegar a Cartagena de Indias es a dos hombres de mirada feroz con sus machetes en alto, arengados por una multitud ebria que grita “¡Mátalo! ¡Mátalo!” y una corte de mendigos cuya miseria le espanta. El olor fétido de los pantanos —“cubiertos de una eterna nata vegetal” se dice en *Cien años de soledad*—, los tufos pes-

tilenciales y los miasmas palúdicos le revelan esa otra cara de la naturaleza “pérfida y encantadora de los trópicos”. La picardía de los tratantes y mercaderes le desconcierta y al final aprende a desconfiar de la absurda palabrería y de las promesas hechas sin intención de ser cumplidas. “Larga de las sociedades en que domina la influencia castellana”.

Gracias a su formación científica Reclus conserva el estado de ánimo a salvo de las contradicciones. El contratiempo que hubiera sido causa de un enojado malestar, contribuye a estimular su curiosidad y lo ayuda a comportarse como un observador desapasionado. Pero antes de abandonar para siempre su sueño americano, Reclus se demora recordando a los indios de la Sierra que tanta hospitalidad le ofrecieron.

La mirada arrogante de los aborígenes, la altiva y radiante belleza de sus mujeres y el andar imponente de todos ellos, hace más espléndida la amabilidad que impresiona a Reclus. Los indios le nombran *persona sagrada* y ésta parece ser la única imagen que su memoria retiene libre de reproches. Para los *goajiros*, recuerda Reclus con admiración, “la verdadera aristocracia es la de la belleza”.

Sin embargo, las penalidades se suceden y mientras va perdiendo por los caminos de la Sierra Nevada de Santa Marta socios heridos, monturas despenadas, perros muertos de cansancio, víveres y mercancías, Reclus agota sus energías y cae enfermo. Las fiebres lo debilitan hasta el delirio y sin más ayuda que sus exiguas fuerzas se pierde por la selva hasta llegar medio muerto a una aldea de leproso.

Son estos desamparados los que comparten con el extranjero de aspecto moribundo sus plátanos y lo salvan dejándole *beber en la vasija común*. Después de dos años de empecinada travesía por la Sierra Nevada de Santa Marta, Eliseo Reclus da su brazo a torcer, renuncia a levantar la ciudad igualitaria y regresa a Europa. Pero su empeño baldío se transforma tiempo después en el hermoso

relato de una doble aventura. Su crónica es la evocación nostálgica de un viaje de iniciación a la vida y el testimonio de un ensayo fallido cuya lección tardaría mucho en comprenderse. A mediados del siglo XIX no se podía adivinar la concordancia entre el fracaso de Reclus y nuestras más recientes desilusiones. En el epílogo de su libro, el autor lo confiesa con franca caballerosidad: “vi oprimido mi corazón por una verdadera angustia, pues la naturaleza virgen es bella pero de una tristeza infinita”.

Haber intuido la existencia de una desoladora amenaza en el corazón de la tierra anhelada, como si fuera un maleficio aguardando la llegada de los ilusionados viajeros, y disimular la decepción con el optimista temple de los revolucionarios del siglo XIX, hace de Reclus uno de esos profetas menores al que su época no puede descifrar y al que las generaciones futuras sólo pueden olvidar.

Imaginar al autor del gran corpus descriptivo del mundo,

sentado en su gabinete, rememorando los días en que siendo un joven geógrafo ya era un viejo pionero de sueños condenados, verlo escribir su metódico inventario entre astrolabios, brújulas y sextantes, conservando vivida en su memoria la sensación de aquella insondable tristeza, hallada cuando en un último y revelador vistazo descubrió lo que en verdad está oculto tras la belleza del *Paraíso*, puede ayudarnos a entender el desengaño de nuestro tiempo. ¿A quién se le ocurriría hoy la feliz idea de empezar de nuevo?

Ahora, cuando tantos indicios nos abrumen con el presagio de una fatigada y violenta decadencia, en lo que parece ser el inicio de un lento y desorientado ocaso cultural, quizá haya llegado el momento de reconocer que, como aquella *estirpe condenada a cien años de soledad*, tampoco nosotros tendremos *una segunda oportunidad sobre la tierra*.

Basilio Baltasar es director de la Oficina del Autor.

CARTAS

AL DIRECTOR

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 15 líneas mecanografiadas. Es imprescindible que estén firmados y que conste el domicilio, teléfono y número de DNI o pasaporte de sus autores. EL PAÍS se reserva el derecho de publicarlos, así como de resumirlos o extractarlos. No se devolverán los originales, ni se dará información sobre ellos. Correo electrónico:

CartasDirector@elpais.es

Andalucía@elpais.es

Bilbao@elpais.es

Cataluña@elpais.es

Galicia@elpais.es

Valencia@elpais.es

Una selección más amplia de cartas puede encontrarse en: www.elpais.com

Velocidad y accidentes

Antes había siempre coches aparcados encima de la acera de mi calle, lo que significaba un problema para los viandantes. A pesar de las multas y de la presencia de la grúa, la situación persistía. Ahora esto ya no pasa; el Ayuntamiento ha puesto unos pilones que impiden que un coche pueda subirse. No hace falta multar a nadie y yo camino por la acera, como debe ser.

El exceso de velocidad en las carreteras es uno de los principales factores que provocan los accidentes. Colocan radares fijos y móviles, se imponen multas, se quitan puntos del carnet, se hacen campañas, se envían conductores a prisión, pero el problema persiste. Los accidentes se traducen, además, en miles de muertos y miles de personas que vivirán sobre una silla de ruedas el resto de sus días. Una solución que podría mitigar este proceso consistiría en no permitir la fabricación de vehículos que puedan alcanzar velocidades superiores a 120 o 130 kilómetros por hora. Sólo falta que Gobiernos y fabricantes de automóviles den preferencia a la vida de los ciudadanos sobre otros intereses más o menos legítimos. ¿Sucederá?— **Antoni Fernández Laborda**. Barcelona.

do presentes). Para finalizar, destacar que mantenemos inalterado nuestro compromiso y responsabilidad, tal y como venimos demostrando desde hace años con la puesta en marcha de diferentes campañas informativas o con la aplicación y cumplimiento de un Código de Autorregulación publicitaria.— **Jacobo Olalla Marañón**, director general de Cerveceros de España.

Sobre coches y osos

En la sección de cartas al director del día 12 de abril, el señor Fermín Etxegoien desde Bilbao critica al presidente Zapatero por sus declaraciones sobre el proyecto de la estación de esquí de Fuentes Carrionas, dejando de lado los 20 osos que habitan en la zona.

Mire usted, en algunas zonas de España estamos hartos de que se ocupen de nosotros sólo para preservar entornos que ustedes vienen a disfrutar dos fines de semana al año y, mientras, esas zonas están deprimidas, con pérdidas continuas de población, carreteras terciarizadas, niños que se tienen que desplazar cada día decenas de kilómetros para ir al colegio, zonas incomunicadas unos cuantos días al año, hospitales a mucha distancia y ya ni hablemos de cines, instalaciones deportivas, piscinas, bibliotecas o simplemente comercios para abastecerse de lo necesario.

Ahora hay un proyecto para revitalizar la zona, como lo ha habido en décadas pasadas en Baqueira-Beret, Candanchú, Formigal, etcétera con resultados excelentes y usted sólo se preocupa de la vida de 20 osos, patético. Por favor compare usted la renta *per cápita* de la ciudad en la que vive con la renta de la zona que pretende que siga igual y dígame si no le da qué pensar. En una zona deprimida lo principal es su desarrollo, y si es compatible con que los osos o cualquier otra especie animal o vegetal vivan mejor, bienvenido sea, pero no lo olvide: lo principal son las personas, que a veces, y ésta es una, da la sensación que lo olvidamos con una facilidad pasmosa.— **Serafin Pérez Guzmán**. Bembibre, León.

¿Conciliación?

Después de echar la solicitud de una guardería pública dos veces, nos llamaron con la buena noticia de que había una vacante. Ahora nuestro hijo está en una guardería privada con el elevado coste que esto conlleva; así que preparamos todos los papeles y cuando llegamos a formalizar la matrícula nos enteramos de que el horario de la guardería es hasta las cuatro de la tarde.

Hemos tenido que rechazar la plaza sabiendo que durante otros dos años tendremos que apretarnos el cinturón porque salimos a las cinco de trabajar (yo me consideraba afortunada al tener este horario), porque no queremos “esclavizar” a familiares que le recojan todos los días y, sobre todo, porque no sabemos en qué se está pensando al poner estos horarios. ¿Es ésta la manera de conciliar la vida laboral y familiar que entiende la Comunidad de Madrid? ¿Cuántas personas pueden ir a recoger a su hijo a las cuatro de la tarde?— **Cristina López**. Madrid.

A Esperanza Aguirre

Quiero darle las gracias por su maravillosa gestión en Metro de Madrid, porque uno de cada tres días me hace perder casi un cuarto de hora de camino a mi trabajo por averías en el metro. Le invito a que los fines de semana pruebe el servicio de Búhometro en Arganda del Rey. ¡Ah!, perdone, el *búho* no llega aquí.— **Alberto Zambade**. Arganda.

Vergüenza

Eso siento hacia nuestro sistema político. Con sólo 18 años ya sé que nunca, jamás, votaré al Partido Popular. No me imagino cómo se sentirán algunos de sus votantes (que no todos) con todo lo que está saliendo a la luz a raíz de juicio del 11-M. Cómo un partido político con tantos votantes como ellos alardean tener, puede crear bulos a tan altas instancias, mentir descaradamente o simplemente, reírse de los españoles.

Cómo Acebes puede salir tan altivo en un plató de televisión y decir tan tranquilamente que lo declarado ayer por Díaz-Pintado y De la Morena “coincide absolutamente” con lo que él trasladó “en cada una” de sus comparecencias ante la opinión pública. ¿Alguien se lo cree? Seguro. Que tampoco se moleste el PSOE en exigir responsabilidades, que ya se sabe, por un oído les entra y por el otro les sale.— **Marc García Guarinos**. Novelda, Alicante.

El viaje de Aznar a Moscú

Leo en este mismo espacio la nota emitida por la directora de Comunicación de Faes en la que reitera el carácter privado de la agenda y la estancia del señor Aznar en Moscú, motivo por el

cual no tiene obligación alguna de comunicar públicamente su actividad privada.

Lamento que no aprovechara la oportunidad para aclararnos si también los fondos con los que se ha costado este viaje han sido privados o a cargo de Faes, porque conviene recordar que Faes recibió durante los años 1993-2003 40 millones de euros en subvenciones y ayudas directas de organismos estatales, por lo que espero que el uso que se les dé vaya en beneficio general.— **César Blanco García**. Madrid.

Precisiones

Leemos en su periódico, en la tribuna de opinión firmada por Andreu Segura *Alcohol, adolescentes y libertad de decidir*, “la retirada del anteproyecto de ley de protección de la salud de los adolescentes frente a los riesgos del tabaco como consecuencia de la oposición de los productores y distribuidores de vino y cerveza”.

Suponemos que ha sido un lapsus del autor o transcriptor hablar de los riesgos del “tabaco” en referencia al alcohol, pero de todas formas nos parece fundamental destacar la gran diferencia entre ambos: el tabaco es nocivo para la salud, y en sus efectos negativos no cabe ni siquiera la moderación; en el caso

Fe de errores

El hospital Carlos III depende de la Comunidad de Madrid, y no del Ministerio de Sanidad como se afirmaba el 11 de abril en la página 29.

Alicia Moreno sí se presentó en la candidatura de Alberto Ruiz-Gallardón a la alcaldía en el año 2003, contrariamente a lo que se aseguraba ayer en la página 33.